



ABRIL.

Los romanos celebraban grandes fiestas á Céres en el mes de que vamos á ocuparnos. Su etimología procede del verbo latino *aperire* para significar que las flores abren sus preciosas hojas á la grata temperatura que se empieza á disfrutar, y la tierra abre igualmente sus poros á los gérmenes fecundos de la vegetacion.

El sol toca en este mes al signo del zodiaco llamado *Tauro*, que suele representarse por un toro, cuya alegoría es emblema de la labranza, porque parece indicar la época en que el agricultor comienza sus tareas de cultivar los campos y plantar y sembrar los frutos, que forman luego su patrimonio.

Considerado bajo el aspecto religioso, se nos presenta con poca claridad y exactitud la vida de *San Venancio* en el dia con que Abril dá principio. Algunos críticos pretenden negar que en España hubiera florecido; miéntras que muchos de diversas naciones afirman todo lo contrario, y di-

cen que, retraido de los halagos del mundo y atendiendo exclusivamente al objeto importante de su salvacion, tomó el hábito de monge benedictino en el monasterio de San Cosme y San Damian, contíguo á la imperial Toledo, donde ejerció el cargo de abad; y que de esta dignidad ascendió algunos años despues á la silla primada arzobispal, en la que manifestó sus esclarecidas virtudes, socorriendo no sólo á los de su diócesis sino á los de fuera de ella. Su ardiente celo en defensa de la fe católica, le condujo á Panonia, donde sufrió el martirio por los años 603.

La historia nos ofrece en este mismo mes, entre otros muchos, los hechos siguientes: Diocleciano asociando al imperio á Maximiano en 286.—Muerte en Sevilla del gran P. de la Iglesia San Isidoro en 636.—En Oviedo, á la edad de 85 años, de D. Alfonso el Casto en 843;—de D. Sancho de Navarra en 1234;—de D. Alfonso el Sabio en 1284.—Sancho IV expide en Búrgos la Carta-puebla en 1290.—Muerte de Tamer-

lan en 1405.—Es elegido Papa el español Alonso de Borja, conocido por Calixto III, en 1445.—Fué reducido á prision en Búrgos el condestable don Alvaro de Luna en 1453.—Conquista de Vélez por los reyes Católicos en 1487,—y de Guadix, ocupada por los moros, en 1489.—Recepcion por Isabel y Fernando del gran Cristóbal Colon en Barcelona en 1493.—Nacimiento de San Francisco Javier en Navarra en 1497.—El ejército español acampa en Serignola en 1503.—Gran batalla de Rávena, en la que los españoles cogieron diez y seis banderas á los franceses é italianos en 1512.—Muerte del portugues Magallanes (que ha dado nombre al estrecho por el cual pasó el primero el mar Pacífico desde el extremo meridional de América) en 1521.—Descubrimiento de Tanibes por Pizarro en 1526.—Nace la infanta doña Isabel de la Paz, esposa luego de Felipe II, en 1546.—En Madrid Felipe III en 1572.—Felipe IV en 1605.—Muere en Madrid el insigne Cervantes en 1616.—El duque Carlos de Lorena toma las armas contra Francia, casándose con la condesa Cantecroix, en 1642.—Muerte de Fernando III en Viena en 1657.—Juan Bautista del Mazo es nombrado pintor de cámara en 1661.—Nace en Barcelona el célebre pintor Viladomat en 1678.—Muere el famoso Murillo, de una caída, pintando su ultimo cuadro, en 1682; y el poeta Racine en 1698.—Entrada en Madrid de Felipe V en 1701.—Batalla de Almansa, ganada por el mismo á los austriacos en 1707.—Estos fueron arrojados tambien de Alicante por las tropas españolas en 1709.—Nace en Meissen (Alemania) Samuel Hannemann, autor y propaga-

dor de la homeopatía en 1755.—Expulsion de los jesuitas de los dominios de España, siendo conducidos en diferentes buques á los Estados Pontificios por orden de Carlos III en 1767.—Nace en Priego el acreditado escultor Alvarez de Pereira en 1768, y en Mahon el distinguido químico y primer médico de cámara de Luis Felipe de Francia, D. Mateo Orfila, en 1787.—Muerte de Benjamin Franklin en 1790.—Son rechazados heroicamente los franceses en el sitio de Tarifa en 1810, y en el de Badajoz en 1812.—Muere en Burdeos el renombrado pintor popular Goya en 1828.—Fundacion en Madrid de la sociedad Numismática en 1831.—Muere en esta capital nuestro contemporáneo y conocido pintor Esquivel en 1857.

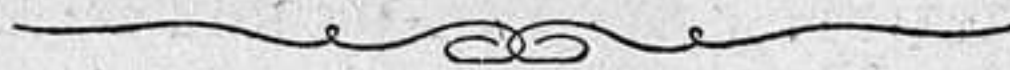
Estos en resúmen son los datos más notables de los aniversarios que señala el mes de que nos hemos ocupado.

El mes de Abril es un mes muy favorable para los niños. Convienen mucho á su salud los paseos matinales por el campo, que en este mes son agradabilísimos por ser sumamente benigna la temperatura; pero es muy importante que los niños, aunque sientan algun calor, no se aligeren de ropa; esto les expondría á enfriamientos y catarros muy peligrosos en tan tierna edad.

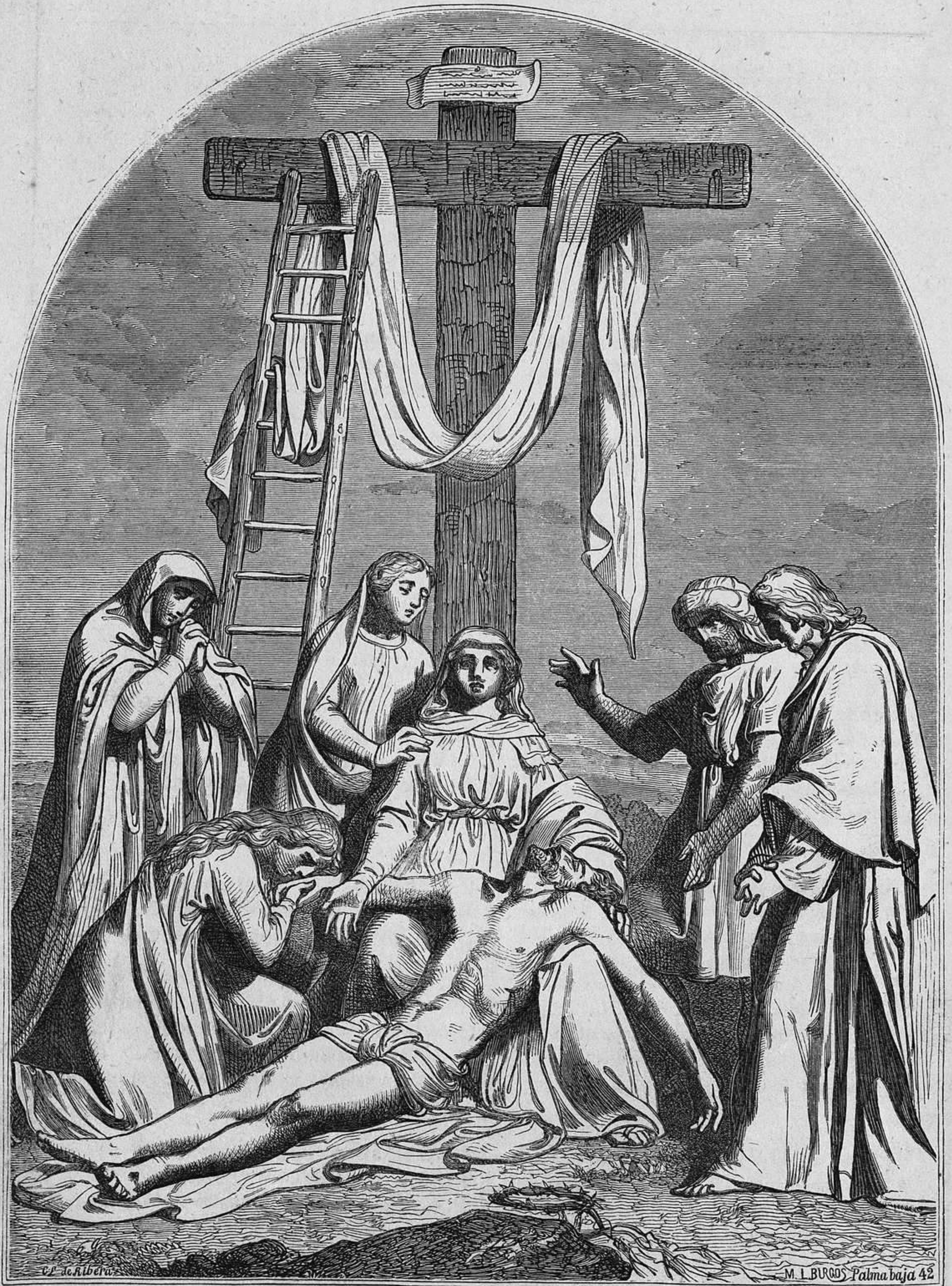
Las flores en este mes empiezan á mostrarse en toda su belleza; los árboles se cubren de hoja, y los pajarillos cantan más alegres y bulliciosos. Gozad, queridos niños, las puras alegrías que ahora os ofrece la Naturaleza, y Dios os bendiga.

Madrid 1.º de Abril de 1871.

M. J. PASCUAL.



LOS NIÑOS



LA CRUZ

(Lámina dibujada por D. Carlos Luis de Ribera y grabada por D. M. L. Burgos.)

LA CRUZ.



¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
 ¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
 ¡Que calle el Universo á mis acentos
 Con silencio profundo!
 ¡Y Tú, supremo Autor de la armonía,
 Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
 Resonancia concede al arpa mia,
 Y en conceptos de austera poesía
 El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
 De ese nombre al lanzar eco infinito,
 Que aterroriza al inmortal precito
 En su mansion de duelo.
 ¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
 Postra á tal voz la luminosa frente;
 Tú, excelso querubin, tu ciencia humillas;
 Y del amor las altas maravillas,
 Absorto adora el serafin ardiente.

Alzad vuestro pendon brillante y puro,
 ¡Oh de la fe sublimes campeones!
 Y que su luz dirija á las naciones
 Al porvenir oscuro.
 Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
 Disipar puede sombras y vestiglos....
 Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
 Y—como en firme pedestal—se asienta
 En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio,
 A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
 Los dioses del antiguo paganismo,
 Desde su olimpo egregio!
 ¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
 —Como emblema de triunfo—Constantino
 Sobre el cesáreo lauro de su frente,
 Las águilas de Roma armipotente
 Párias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual le halló—noble, pujante,
 Más fuerte que los pueblos y los reyes,—
 Sobre escombros de razas y de leyés
 El bárbaro triunfante.
 Por sus bridones con desprecio hollado
 Fué el esplendor romano envejecido;
 Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
 Detúvose el torrente desbordado,
 Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
 A ennoblecer bajo su blando yugo
 El que al destino descargar le plugo
 De América en el cuello.
 Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario,
 —Que tan pronto derriba como encumbra,—
 Ya no es de un mundo el otro tributario;
 Mas inmutable al signo del Calvario
 El sol del Inca y del Azteca alumbra.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
 La vacilante humanidad.—Doquiera
 ¡No la veis á la par doliente y fiera,
 Cuán convulsa se agita?
 Lanzada entre problemas pavorosos
 Y á impulsos ¡ay! de un vértigo profundo,
 ¡Qué la valdrán esfuerzos dolorosos
 Si de esa Cruz los brazos poderosos
 No hallan asiento en que descansen el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendon divino,
 Símbolo de salud, cifra de gloria,
 Pues solo y siempre explicará la historia
 Del humano destino.
 ¡Alzadlo! que los siglos él presida,
 Como la ígnea columna del desierto,
 Que entre las sombras de esplendor vestida,
 Para alcanzar la tierra prometida
 Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
 Su progreso marcó la era cristiana,
 Mostrándole ella, en acta soberana,
 La libertad del hombre!
 Fué su conquista, y ella la afianza;
 Diciendo al porvenir, como al pasado,
 Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
 Pues son sus brazos la única balanza
 Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra
 Pesó el valor del mundo..... ¡oh maravilla,
 Que si del hombre la razón humilla,
 Su dignidad demuestra!
 ¡Sí! pesó al mundo la eterna justicia;
 Pesó sólo por alzar el que lo abate,
 Yugo cruel de la infernal malicia...
 Y en aquel tanto amor cargó propicia,
 Que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
 Del leño sagrado, se ostentan
 Las manos que al orbe sustentan,
 Las manos que rigen al sol.
 Por eso en gemidos se ahoga
 La voz que á la nada fecunda,
 Velada por sombra profunda
 La luz de la gloria de Dios.

Tú espiras, ¡Autor de la vida!
 La muerte contigo se ensaña.....
 Mas rota quedó la guadaña
 Al darte su golpe cruel.

Alzado en tu trono sangriento,
 Su trono por siempre derrumbas... ..
 ¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
 Recogen tu aliento postrer!

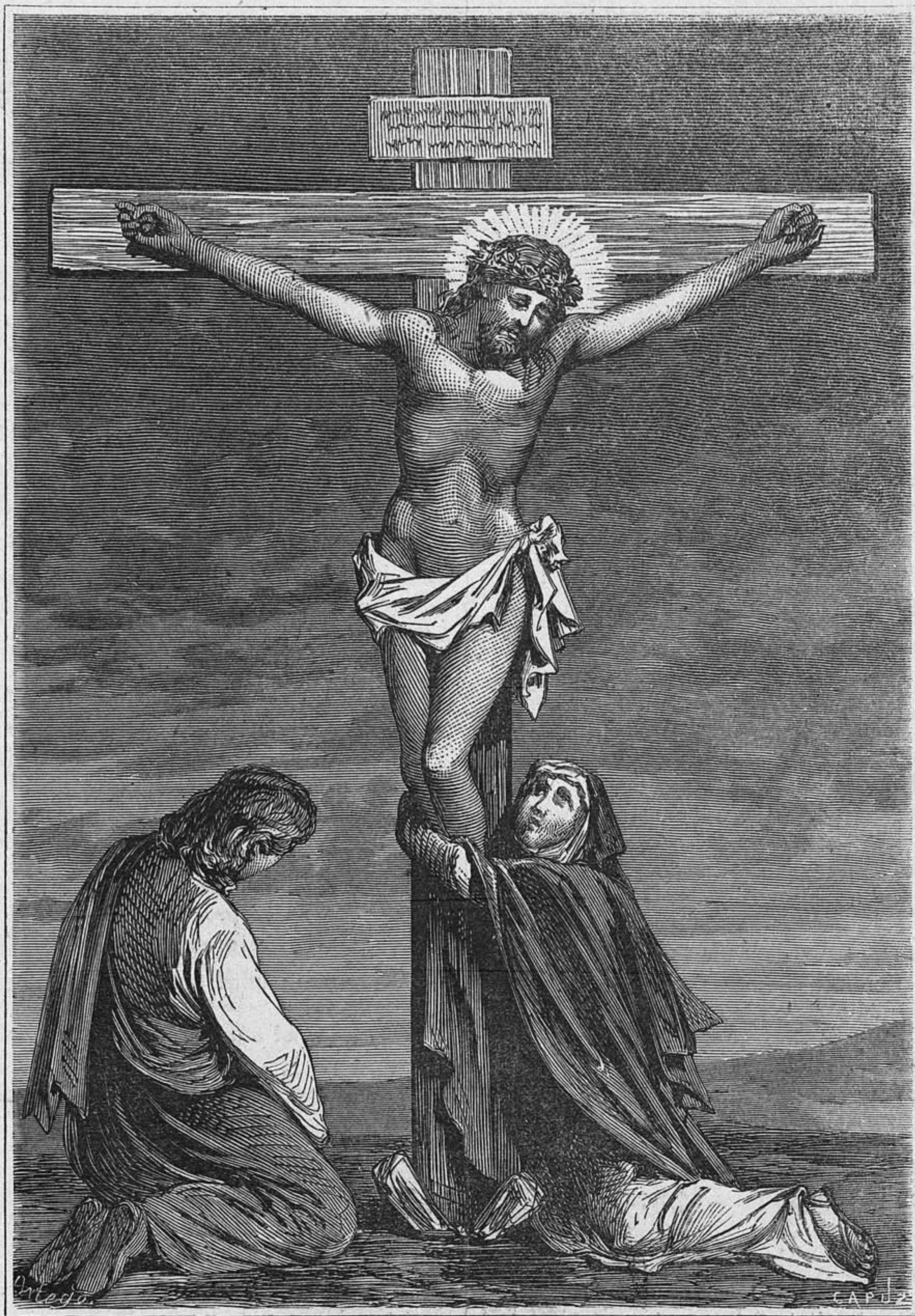
El Rey de la tierra, probando
 Fatal fruto del árbol de ciencia,
 La muerte nos dió por herencia,
 Y esclavos nos hizo del mal.
 El Rey de los cielos, cual fruto
 Del árbol de amor, nos convida;
 La patria nos vuelve y la vida;
 ¡Por padre al Eterno nos da!

¡Florece, Árbol santo, que el astro
 De eterna verdad te ilumina,
 Y el riego de gracia divina
 Fomenta tu inmensa raíz!
 ¡Florece, tus ramas extiende.....
 La estirpe de Adán, fatigada,
 Repose á tu sombra sagrada
 Del uno al opuesto confín!

¡Te acaten pasando los siglos,
 Y Tú los presidas inmóvil,
 Y toda rodilla se doble
 Al pié de tu eterno vigor....!
 Los cielos, la tierra, el abismo,
 Se inclinen si suena tu nombre.....
 ¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
 ¡Tú elevas al hombre hasta Dios!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.





LA TERCERA PALABRA.

Mulier, ecce filius tuus... Ecce Mater tua.
 Mujer, hé ahí tu hijo... Hé ahí tu madre.

S. JUAN.—XIX, 26 y 27.

Al pie del leño sagrado
 En que está Cristo enclavado,
 Lloran con muda agonía
 Juan, el discípulo amado,
 La Santa Virgen María.

Cuánto es su angustioso duelo,
 Cuánta su amarga tristeza,
 Lo anuncia el nocturno velo
 Que por el alegre cielo
 Tendió la naturaleza.

Con su llama repentina
Tal vez relámpago odioso
La faz doliente ilumina
De aquel discípulo hermoso,
De aquella Virgen divina.

Al sentir las aficciones
Que en el Salvador del mundo
Causan los fieros sayones,
Desmayan sus corazones
Con desconsuelo profundo;

Y parece que el semblante
De Madre tan escogida
Clama en grito penetrante:
« ¡ Ved si hay dolor en la vida
» Á mi dolor semejante! »

Mas entre el confuso estruendo
Y entre el ronco vocerío
Con que está en tropel rugiendo
La muerte de Dios pidiendo
El ciego pueblo judío,

Un acento puro y santo,
Voz de celestial encanto,
Hasta sus almas descende;
Tan consolador que el llanto
En sus párpados suspende.

Es que al ver su afan prolijo,
Queriéndolo el sumo Padre,
JESUS en el leño fijo,
« Mujer, —dice— ese es tu hijo!»
Y á Juan luego: « Esa es tu madre! »

¡ Sublime adopcion que encierra
Tesoro de dichas puras,
Y en la sorda humana guerra
Manda desde las alturas
La paz al hombre en la tierra! »

Blando alivio de los males,
Prenda cierta de victoria,
La ensalzan, en gozo iguales,
Desde el mundo los mortales,
Los ángeles en la gloria;

Pues tal adopcion, idea
Que hace que el cielo se asombre,
Logra en la vital pelea

Que la Madre de Dios sea
Divina Madre del hombre.

Así de hoy más los que un día
Cedieron á la falsía
De la culpa tentadora
No olvidarán que María
Es Madre y co-redentora.

Y los que gimen heridos,
Víctima de cruda pena,
De infortunios repetidos,
Dicen con alma serena
Que es *consuelo de afligidos*.

Y los que en esfuerzo vano
Luchan entre mil azares
Con el rugiente océano,
Saben que Dios soberano
La hizo *estrella de los mares*.

¡ Oh tú en cuyos ojos brilla
De alba la lumbre pura,
Y cuya casta mejilla
Pálida por la amargura
La blanca azucena humilla;

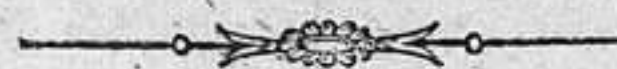
Tú, cuyo plácido aliento
Respira etéreo perfume,
Y cuyo amoroso acento
Fingirse en balde presume
El humano entendimiento;

Tú, cuyo seno preciado
Es eterno paraíso,
Vivo templo inmaculado
En donde Dios humanado
Fijar su morada quiso;

Á los que en herencia y suerte
Dió el Hijo del sumo Padre
La gloria de conocerte,
Ámalos en vida y muerte,
Muéstrales que eres su Madre.

Y con virtud celestial
Tu labio y ojos les den,
De firme auxilio en señal,
Perdon y amparo en el mal,
Esfuerzo y luz para el bien.

ANTONIO ARNAO.



UNA LECCION DE ASTRONOMÍA FÍSICA

EN ALTA MAR

(CONCLUSION)

—En efecto, querida, los más cortos se verifican por los meses de Marzo y Octubre, aumentando por grados hasta mediados del mes de Julio, y esto consiste en el movimiento de traslación de la tierra alrededor del sol que hace variar la declinación de éste, y por consiguiente, la oblicuidad de sus rayos, cuya indicación basta para darte á conocer, aunque muy someramente, la causa que produce esas variaciones que las llamaremos *generales* para distinguirlas de las *locales*, en las que hay que tener en cuenta el estado barométrico, el termométrico y el higrométrico de la atmósfera; la que se dilata y se eleva más con el mayor grado de calor y varía su diafanidad por la abundancia de la evaporación, y la mezcla, en fin, de otras sustancias que en ella flotan, etc., etc. Por eso habrás podido notar que en el interior de una población se hace menor el crepúsculo que en el campo, y que unos días es más largo que otros, según el estado del cielo.

—Otra cosa hemos visto también hoy en el crepúsculo, que me ha encantado sobremanera; me refiero á los hermosos y variados colores con que se adornan los horizontes, desvaneciéndose poco á poco hasta extinguirse por completo... ¿Abusaría de tu amabilidad si te hiciera mi eterna pregunta?

—No, Guadalupe,—la dije,—y para contestarla debidamente, voy á recordarte épocas de tu vida, más r' sueñas,

si cabe, que la presente: dime si no á tu vez si eras feliz cuando há poco tiempo empleabas las horas de recreo de tu colegio con una pajita en la mano, que introducías con frecuencia en una disolución de jabón, y soplabas imperceptiblemente por uno de sus extremos para admirar por el otro una bellísima esfera de cristal que se desprendía del tubito generador, para balancearse majestuosa en el aire, entre los alegres videntes de tus compañeras, que procuraban á porfía cogerla... ¿Lo recuerdas? Pues bien; ¿no admiraste nunca los variados colores con que se adornaba? ¿Tampoco llamaron tu atención alguna vez los bonitos cristales de la araña que colgaba de la bóveda de vuestro oratorio, cuando ibas á postrarte humilde ante la Santa Virgen de tu nombre?—¿Será posible que no te fijaras con placer en los brillantes colores que de aquellos adornos se desprendían?—Y por fin.....

—No digas más, me interrumpió con viveza, que ya caí en la cuenta; debe ser todo un efecto de la refracción.

—Perfectamente; sino que tengo que llamar tu atención especialmente sobre uno de sus innumerables efectos, aunque todos ellos se fundan en el principio físico que he tenido el gusto de enunciarte poco há.

Cuando atraviesa la luz del sol la burbujita de jabón, uno de los prismas de cristal de la araña ú otro cualquiera *medio* diáfano, en ciertas condi-

ciones, se descompone esta luz en los siete colores siguientes, y por su orden: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violado, constituyendo una bonita faja que se llama *espectro solar*; faja que habrás podido admirar en el *arco iris*. Ahora bien: la atmósfera á causa de su convexidad, siendo el aire, como sabes, trasparente y diáfano, produce en la luz el mismo efecto que en la esferita de jabon y el *prisma* de cristal de que hemos hecho mencion; es decir, que quiebra los rayos de luz que pasan por ella de tal modo que no sólo los aparta de su direccion, sino que los descompone y separa para producir los siete colores susodichos: aún hay más; se ha observado al propio tiempo que unos se doblan más y otros ménos, segun su color: el azul se dobla más que el verde, éste más que el amarillo, y éste más que el rojo. Hé ahí la razon de que hayas visto esos colores en el cielo, puesto que los posee la luz del sol que los produce, apareciendo, como sucede siempre, el rojo y los colores ménos refrangibles más cerca del horizonte.

Pero es ya hora de que terminemos esta conferencia y te retires á descansar, la dije, al observar que sus párpados se cerraban á pesar de sus esfuerzos.

—Bien, me contestó, haciendo uno supremo; yo te obedeceré cuando concluyas el resumen de la leccion de hoy para que te le recuerde mañana, como suelo, al darte, si Dios quiere, los buenos dias.

—Lo haré, querida mia, con tanto más gusto cuanto que veo con gran satisfaccion que no olvidas nuestras buenas costumbres. Así, pues, lo que hemos dicho es: Que la forma y magnitud del sol en las horas de su salida

(orto) y de su puesta (ocaso) son producidas: la primera por la mayor ó menor refraccion que sufren los rayos de sus dos hemisferios al atravesar nuestra atmósfera, y la segunda, por una ilusion de nuestros sentidos.

Que los crepúsculos son la iluminacion de la masa de aire en las altas regiones de nuestra atmósfera; iluminacion que se refleja hácia nosotros en sus densas partículas. Aumentan el dia en más de dos horas, y son más duraderos cuanto más al norte caminemos, siendo los menores en el ecuador y en la época de los *equinoccios*. Y el fenómeno es producido por la refraccion y reflexion de los rayos solares en la atmósfera.

Y por último; los hermosos y variados colores que se contemplan en el cielo al verificarse tal fenómeno, son producidos por la refraccion de sus rayos en nuestra atmósfera, descomponiéndose la luz en sus colores complementarios, para herir nuestro órgano visual segun leyes fijas é invariables.

IV.

Tal es, mis queridos lectores, uno de los innumerables diálogos que con mi encantadora amiguita Guadalupe sostenia, como os he dicho ya, los dias alternos de mi guardia regular.

Si es que no ha podido cansaros su lectura, tanto por la pobreza del estilo como por sus dimensiones, estoy seguro de que al terminar formulará cada uno de vosotros la siguiente ó parecida pregunta:

—¿Es posible que dé lugar á tantas consideraciones un fenómeno tan simple como el crepúsculo, que á lo más, me divierte y recrea las mañanitas de

primavera en el Retiro ó en el campo, y sorprende mis juegos por la tarde en el Prado ó el paseo de mi lugar, anunciándome únicamente la aparicion ó desaparicion del dia?

A esa pregunta debo contestaros (y no os molesto más): que es muy poco lo que de él he dicho, y tened en cuenta, queridos niños, que del más simple de los fenómenos naturales se pueden llenar volúmenes en fólío sin agotarse la materia por completo. Tan rica es la Naturaleza en sus menores manifestaciones.—Así es que nada os he hablado de la determinacion astronómica del *círculo crepuscular*, ni de la opinion del sabio astrónomo Riccioli sobre el mayor ó menor descenso del sol bajo el

horizonte para su principio y terminacion, ni de lo que era la *aurora* para los griegos, quienes la creian hija del mayorde los Titanes, y la tierra de un prado, es decir, una diosa, por más que fuera ésta el escándalo del Olimpo, ni de la segunda divinidad que han creado los poetas modernos llamándola *Alba*, ni de las lágrimas de ésta (rocío), ni..... Pero no quiero ser interminable, y concluyo manifestándoos que se han ocupado del fenómeno en cuestion nada ménos que tres ramas de la Ciencia, que son: la Astronomía, la Física y la Agricultura; y de las Bellas artes: la Poesía, la Pintura y hasta la Música.—Dios sea con vosotros, queridos niños.

FÉLIX UBILLOS.

LAS NIÑAS HACENDOSAS.



Ya saben ellas hacer chocolate para las muñecas, y una y otra aseguran que en siendo *grandes* no han de desdeñarse de entrar en la cocina y enseñar y vigilar á las criadas. Han de ser dos mujeres de su casa, merecedoras del mayor encomio.

LA PALMA BENDITA.



I.

La bendicion de las palmas el domingo de Ramos es una de las ceremonias más importantes, más imponentes y majestuosas con que la Iglesia recuerda los misterios de nuestra santa religion.

En todos los templos de la cristiandad se celebra tan solemne acto á la misma hora, y siempre con asistencia de un numeroso concurso, que oye con el mayor recogimiento las preces de la Iglesia, y presenta á la bendicion del ministro de Dios preciosas palmas y delicados ramos, para conservarlos despues como objetos de inestimable precio, puesto que han sido bendecidos en memoria de aquellos ramos que el pueblo de Israel presentaba á Jesucristo el dia de su entrada triunfante en Jerusalem.

En muchos pueblos donde eso que se llama despreocupacion no ha pretendido imponer como verdades absurdos más ó ménos impíos, es creencia general que una palma ó un ramo benditos el domingo de Ramos en la iglesia, preserva de los rigores de la suerte al fiel cristiano que lo guarda cuidadosamente, y aleja de su hogar la discordia, el hambre y las enfermedades.

Los *esprits forts* de nuestros dias se reirán seguramente de estas *puerilidades*, de estas *preocupaciones*; pero tanto peor para ellos.

No por eso renunciaré, carísimos niños, á referiros una sencilla histo-

ria que oí contar en mi infancia á mi pobre abuela, señora que, sin ser lo que se llama una santurrona, sabía mucho más de religion que muchos de los modernos filósofos y de los flamantes reformadores que por ahí andan predicando las excelencias de la que llaman su doctrina, sin que haya tal vez entre ciento dos que puedan dar razon de la doctrina cristiana que aprenden los niños en la escuela.

II.

Pues señor, esto sucedia en Roma el domingo de Ramos.

Como siempre, se celebraba la bendicion de las palmas, con asistencia del Sumo Pontífice, en la basílica de San Pedro, en la capilla Sixtina, llamada así porque su fundador fué el Papa Sixto IV, y muy célebre por los preciosos frescos que en ella pintó Miguel Angel, y que representan el Juicio Final.

Bajo la inmensa cúpula de aquel soberbio templo, se hallaba aquel dia un inmenso gentío presidido por el soberano Pontífice, que, como todos los cardenales, tenía en la mano la palma bendita.

Entre los cristianos que llenaban la iglesia, no habia uno solo que no la tuviera tambien; solamente algunas señoras tenian ramos, caprichosamente dispuestos por ellas mismas ó comprados á la puerta del templo, donde aquel dia se colocaba gran número de ramilletteras, viejas unas, jóvenes y lindas otras, y todas seguras de no

perder el trabajo, pues aunque eran muchos los ramos y las palmas que llevaban á la venta, eran muchos más los devotos que acudian á bendecirlos para conservarlos luego como precursores seguros de paz y bienandanza.

Entre las vendedoras de ramos habia una pobre niña de unos quince años, hermosa como un serafin, pero la pobrecita era paralítica, y para andar con mucho trabajo tenía que apoyarse en dos muletas.

Desde las siete á las diez de la mañana habia logrado la triste vender uno solo de los ramos, que, cuidadosamente colocados en una cesta, ofrecia á los transeuntes.

La pobre niña veia pasar á todos indiferentes, y comprar los ramos á las vendedoras que les salian al encuentro, ofreciéndoselos y ponderando de paso la fragancia de las flores y encareciendo la economía del precio.

Lloraba la paralítica, mirando tristemente sus flores, y entre sollozos y suspiros se la oia murmurar:

—¡Madre mia! ¡Madre mia!

Las demás, ó no la miraban siquiera, ó viéndola sola al lado de sus flores, sin que hubiera un alma buena que se acercara á comprarle un ramo, la saludaban con chistes más ó menos oportunos, añadiendo con perversa intencion alusiones más ó menos groseras á la horrible enfermedad que le impedia correr de un lado á otro con la cesta, y despachar en breve tiempo las palmas y los ramos, metiéndolos, como suele decirse, por los ojos á los compradores.

Ya se disponia la pobre á retirarse, cuando de un coche que habia parado muy cerca de ella, tan cerca que por

poco pasan las ruedas por encima de sus desdeñadas flores, bajó una señora jóven y hermosa, ricamente vestida, y que tanto por su distinguido porte como por las armas pintadas en el carruaje, parecia pertenecer á la más elevada clase.

La hermosa dama fijó en la triste niña sus hermosos y dulces ojos, y se detuvo al notar la profunda tristeza que se retrataba en el pálido rostro de la jóven ramilletera.

—Señora, llevadme una palma, se atrevió á decir ésta, alentada por la dulcísima expresion de los ojos de la encopetada dama.

—Sí que la llevaré, hija mia, contestó, acercándose á la cesta. Pero ¿qué tienes, niña? ¿Por qué lloras?

—¡Ay señora! desde las siete estoy aquí, y esta es la primera palma que vendo...

—¡Pobrecita! ¿Las has hecho tú?

—Sí señora; muchos dias he estado haciéndolas y tengo que volverme con ellas á casa... ¡Y yo que creia poder llevar hoy algo á mi madre y á mi hermano, que están muy malitos y no tienen que comer!

—¿No tienen que comer?... repitió la elegante señora, visiblemente conmovida.

—No señora, no tenemos nada... Cuando mi padre vivia, era otra cosa... Trabajaba, y siempre nos traia pan; pero el otro dia, cuando le estábamos esperando para que nos diera la cena de costumbre, le trajeron cuatro hombres...

—¡Muerto!

—Sí... sí señora: se habia caido desde el tejado de una casa que están haciendo ahí cerca, en aquella calle...

—¡Infeliz! exclamó la señora, y al mismo tiempo puso en manos de la ramilletera algunas monedas de oro, que la inocente miraba y remiraba, no acertando á calcular su valor, pero comprendiendo que no podia valer tanto una palma, ni todas las que, juntas con los ramos, habia llevado á vender.

—Vé, hija mia, añadió la caritativa señora, vé á llevar á tu madre y á tu hermano ese dinero; con él no os podrá faltar pan en tres ó cuatro meses...

La niña no podia responder; las lágrimas ahogaban su voz; la gratitud que llenaba su alma no le permitia pensar; queria hablar y no sabia qué decir.

Pero al fin, despues de un momento, se quitó una cinta que llevaba al cuello, pendiente de la cual habia una cruccita de plata, pero de escasísimo valor, ató la cinta á la palma más bonita y se la presentó á la buena señora, diciéndole con una voz dulce como la de la gratitud:

—Tomad, señora, esta palma, y esta cruz que me dió mi padre como una preciosa reliquia para que fuera feliz en el mundo; yo lo soy ya con haberos conocido; mi padre tenía razon; esta cruz dá la felicidad.

La bella señora tomó la palma y besó la cruz, y se despidió de la niña, encantada de la rara inteligencia que en tan cortos años descubria aquella desdichada criatura.

III.

Encantados quedaron también la madre y el hermano de la ramilletera, cuando la vieron volver con todas las palmas y todos los ramos, y presen-

tándoles las monedas de oro, les refirió con todos los detalles la buena fortuna que tuvo en hallar á aquella noble señora, sin ocultar, por supuesto, el obsequio que habia querido hacerla en pago de tan rara generosidad, de la cruz de plata; prenda la más estimable para ella, pues que procedia de su desdichado padre.

No llevó muy á bien el hermano lo hecho por la niña, porque siendo aquella cruz un recuerdo de su padre, creia tener tanto derecho á su posesion como ella, ó acaso más; pero al fin se resignó, en gracia del excesivo precio á que la buena señora habia pagado la palma bendita.

Desde aquel dia, ni uno solo faltó el pan en la casa de la pobre familia, que hubiera sido completamente feliz con su pobreza, si el demonio que no tiene otra ocupacion que perder á los que tienen poca fe y poco amor al trabajo, no hubiera hecho que el hermano de la ramilletera, en vez de ser un hombre honrado y temeroso de Dios, fuera un holgazan sempiterno, dado á todos los vicios conocidos, muy amigo de vivir sobre el pais, y gastador del pobre caudal que con no poco trabajo ganaban su madre y su hermana.

El tal hizo en poco tiempo tan rápidos progresos en la carrera del vicio, que acabó por huir de la casa paterna y unirse con otros tales, que de vicio en vicio, de garito en garito, le llevaron á la triste práctica de procurarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño; práctica en la que se hizo tan práctico en breve tiempo, que donde ponía el ojo ponía la mano, y donde ponía la mano no quedaba ni un objeto valor de dos cuartos, ni un ochavo para mandar cantar á un ciego.

IV.

Cuatro años despues, un hombre joven aún, pero de rostro feroz y mirada siniestra, se introducía á favor de la oscuridad de la noche en la casa de la condesa de...

Aquel hombre, envuelto en una ancha capa, llevaba en una mano una linterna y en la otra un puñal.

Despues de atravesar galerías y salones, penetró en un rico gabinete, y se dispuso á hacer saltar la cerradura de una mesa; pero, apénas comenzada su infame accion, se detuvo, oyendo ruido de pasos.

Una mujer extremadamente hermosa apareció en la puerta del gabinete con una luz en la mano.

Al hallarse frente á frente de aquel hombre, la señora quiso retroceder y gritar, pero el ladron, blandiendo el puñal, se arrojó sobre ella y le puso bruscamente la mano en la boca.

Un segundo más y el puñal del asesino se hubiera clavado en el pecho de la hermosa dama... Pero el puñal cayó al suelo, y aquel hombre de rodillas á los piés de la condesa.

Cuando amagaba con el puñal á la noble señora, aquel hombre habia visto sobre un reclinatorio una palma, seca ya, en la que habia atada una cinta y pendiente de ésta una cruz de plata.

El ladron era el hermano de la ramilletera, que al ver la palma y la

cruz, conoció, inspirado por Dios, que aquella mujer á quien villanamente iba á asesinar, era la misma que los habia salvado de morir de hambre un domingo de Ramos, cuando su madre y él esperaban para poder comprar pan el producto de la venta de las palmas y los ramos que habia llevado la paralítica.

El miserable lo confesó todo á la condesa, no ocultándole que habia abandonado la casa de su madre.

Y la condesa, desatando la cinta de la palma, se la entregó, diciéndole severamente:

—Id á devolver esa cruz á vuestra hermana; referidle lo que habeis hecho y lo que yo he hecho; pedid perdón á vuestra madre y procurad ser en lo sucesivo hombre honrado.

Cuando la condesa quedó sola, exclamó:

—¡No en vano guardé yo con tanto cuidado esta palma bendita!

V.

La palma bendita salvó de la miseria á tres seres abandonados, de la muerte á una noble y hermosa señora, y del cadalso á un asesino que, segun se supo despues, se hizo hombre honrado, y en largos años de trabajo, economía y honradez, expió las graves faltas que cometió en su juventud, cuando el demonio le habia tomado por su cuenta.

C. FRONTAURA.



LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

Este ladrillo estaba ménos seco que los otros, y sea porque conservase algo más su humedad primitiva ó porque hubiese dado á Jorge en un sitio en que no podia romperse y caer deshecho, lo cierto fué que se quedó casi entero sobre el herido, de modo que, cogiéndole, Jorge pudo gritar: «Son ladrillos, compañeros... ladrillos de barro, ¡no son más que ladrillos de barro! No temais nada. Esto no es más que un momento ¡no retrocedais y...» No pudo continuar, un ladrillo pasó rozándole la cara y le quitó la gorra. Carlitos, Roberto y Enrique, heridos tambien como su general, comenzaban á pensar que los ladrillos de barro eran bastante difíciles de digerir, y volvian sus miradas hácia el puente que tenian á la espalda. Conociendo en estos síntomas el general Jorge, que si no mandaba retirarse á su ejército era posible que él por sí se retirara y convirtiera la retirada en derrota, mandó, aunque con disgusto, replegarse hácia el puente, teniendo cuidado de hacerlo en buen orden, y sin arrojar las armas ni las municiones para correr más deprisa, cosa que un soldado no debe hacer nunca, si no quiere pasar por un cobarde. Los ladrillos de barro son bastante pesados y no muy cómodos de llevar; por eso el ejército de Francisco no tenía más que una pequeña provision. Es verdad que habria bastado para obligar al enemigo si no á huir por lo ménos á retirarse precipitadamente. Pero

¿qué habia obtenido en esta batalla, aparte de la gloria de un triunfo momentáneo? Nada. El enemigo se retiraba hácia el puente que pensaba interponer entre él y Francisco, y una vez allí era imposible atacarle con un ejército fatigado por la marcha forzada que habia tenido que hacer para rodear el pantano. Francisco se decidió por consiguiente á apelar á la energía de sus tropas, y aprovecharse del entusiasmo que les habia inspirado la retirada del enemigo, para lanzarlas en su persecucion é impedirle volver á su campo. En aquel momento, Francisco podia exigirle todo á sus soldados. Desde la invencion de los ladrillos de barro, que habian producido tan buen resultado, le miraban como el general más grande del mundo. Así fué que apenas dijo una palabra, olvidaron la fatiga y partieron á toda brida dando gritos de entusiasmo. Francisco estaba soberbio con su pluma de ave del paraiso y blandiendo una vaina vieja de espada, dentro de la cual habia metido una varita para que se mantuviera recta. Caracoleaba alrededor del ejército de Jorge, gritando como un demonio á Pablo, Alberto y Rodolfo: «¡A ellos!... Rodeadles, cortadles la retirada... ¡Son nuestros! ¡Están cogidos!» El peligro era grande para Jorge; pero en esos momentos es cuando un hombre prueba lo que vale. Jorge, de repente mandó *alto!* Luego, imitando el ejemplo de más de un general que se ha convertido en soldado

cuando las circunstancias lo exigian, mandó ¡*Formar el cuadro!* y se unió él mismo á Roberto, Enrique y Carlitos, para que fuera posible ejecutar lo que habia mandado. Sin él no se hubiera podido hacer, porque no hay cuadro de tres, y lo ménos que se necesita para formarlo son cuatro hombres.

IX.

FORTIFICACIONES DE CAMPAÑA.

Una vez formado el cuadro, Jorge se sintió tranquilo: comprendia que el enemigo ya no tendria más que muy pocos ladrillos, suponiendo que le quedara alguno, y se alegraba de haber dado á sus soldados la orden de conservar sus municiones durante la retirada. Podian serles muy útiles para ganar el puente, y una vez pasado éste, volverian á encontrar el monton de patatas podridas que Carlitos echaba mucho de ménos. Carlitos era, sin embargo, el que tenía en los bolsillos más *cartuchos* (así les llamaba) y esto le permitió un hecho de armas extraordinariamente glorioso.

En vano Francisco daba vueltas gesticulando y blandiendo su vaina de espada alrededor del cuadro formado por Jorge, Carlitos, Roberto y Enrique. En vano Rodolfo, Alberto y Pablo imitaban á su general dando gritos tremendos, tocando la trompeta y agitando los pañuelos: sus terribles municiones se habian concluido. El cuadro permanecia inquebrantable, y cada vez que trataban de acercarse á él eran rechazados por los proyectiles de Carlitos. Jorge pensó *hacer movable* su cuadro y se acercó así poco á poco al puente, que era su esperanza de salvacion. Cuando ya se encontraba á

corta distancia, Jorge mandó hacer una descarga casi á *quemaropa* sobre Francisco y los suyos, y aprovechando el desorden que este esfuerzo introdujo en las filas enemigas, ordenó pasar el puente á todo galope é ir á municionarse de nuevo al monton de Carlitos, para recibir dignamente al enemigo, si osaba atacar por segunda vez el *puente rústico*.

Entonces fué cuando Cárlos realizó el brillante hecho de armas de que ántes he hablado. En el momento en que Jorge mandó: *Fuego*, para hacer la última descarga, Carlitos escogió por blanco la cabeza del general enemigo, arrojó la patata más gorda que habia guardado para la última, con tanta precision y fuerza, que derribó la gorra con pluma de ave del paraiso de Francisco, y le hizo ver las estrellas. No contento con esto, Carlitos se apoderó de la gorra y del penacho ántes de que Francisco pudiera darse cuenta de nada, atravesó el puente con la rapidez de una flecha y fué á caer falto de aliento en brazos de Jorge que le recibió con lágrimas en los ojos. Enrique y Roberto le colmaron de caricias llamándole *el valiente de los valientes*. Y en verdad que merecia este nombre, aunque no fuese el primero que lo hubiera llevado, y tuviese que dividirlo con un mariscal frances, célebre en la historia militar del mundo, el mariscal Ney.

Apénas repuesto al general Francisco del golpe que habia recibido, se enteró de la pérdida de su gorra y su penacho. Renuncio á pintaros su desesperacion. ¡Su gorra en poder del enemigo! Y todavía aumentó su furor y su vergüenza, cuando al dirigir la vista hácia el campo de Jorge, vió su gorra y

su plumero que Cárlos había puéstó en la punta de un palo clavado en el suelo, á modo de trofeo. Juró sobre la empuñadura de su espada no tener tregua ni descanso hasta recobrar aquellos objetos; luego, volviéndose hácia el enemigo, gritó en son de amenaza: «Hasta luego.» Jorge al oírlo formó con la mano izquierda una bocina, y señalando con la derecha la famosa gorra, le repuso: «Ven por ella.»

Francisco, pensando en la venganza y en los medios de tomar un desquite tremendo, mandó á su ejército que se pusiera fuera del alcance de la artillería enemiga, permitiéndole algun descanso que le era muy necesario despues de tan reñido combate. En cuanto á él, no quiso sentarse: hablaba consigo

mismo y se golpeaba de vez en cuando la frente como si quisiera hacer salir las ideas que se agolpaban en su cerebro. Pablo, Rodolfo y Alberto respetaban el dolor de su general.

Aprovechando el momento de descanso que se les concedia, se pusieron á arreglar sus vestidos, como deben hacer los buenos soldados en cuanto tienen tiempo; ataron los lazos de sus botines y bajaron al borde del arroyo para lavarse la cara y manos y beber agua; pero no pudieron hacerlo sino muy mal, en primer lugar porque las orillas del arroyo eran muy escarpadas, y en segundo porque Carlitos, que era infatigable y atendia á todo, no les dejaba de molestar á *metrallazos*.

(Se continuará.)

EL SECRETO.



Mariquita dice á Lucía en secreto que mamá ha traido unos bollos, que presume han de ser para ellas, pero ¡que no lo sepan la muñeca ni el perro!...